

A veces prosa Lecturas del calígrafo

Adolfo Castañón



Raúl Dorra

La lectura de no importa qué texto ciertamente será —debe ser— sobre todo una mirada que lo atraviesa como si realizara un ejercicio de bordado en el que la aguja penetra, introduce y recupera hebras, anuda al mismo tiempo que construye huecos en donde se condensa el sentido, un sentido siempre evanescente, siempre sometido a un proceso de resemantización.
Raúl Dorra, “Prácticas del encaje”.¹

*Lecturas del calígrafo*² no es un libro más de un autor argentino vecindado en México desde 1976 y que firma y es Raúl Dorra y publica en el Fondo de Cultura Económica el libro *Hablando de literatura* (1989). Na-

¹ Luisa Ruiz Moreno y María Luisa Solís Zepeda, editoras, *Encajes discursivos. Estudios semióticos*, fragmento de “Prácticas del encaje” de Raúl Dorra, Benemérita Universidad de Puebla, México, 2008, p. 173.

² Raúl Dorra, *Lecturas del calígrafo*, Siglo XXI, México, 2011, p. 131. Leído en la Librería Profética de Puebla. [Ésta fue y no fue la presentación de un libro como cualquier otro; ésta fue y no fue cualquier presentación, a pesar del entorno académico universitario o profético modesto. Fue, en cierto modo, miniaturizado y esencial, la presentación de *El libro*, un ritual salutariorio o celebratorio alrededor de un objeto llamado libro que en este caso podría ser emblemático y representativo de los libros todos, de los libros en general, en virtud de su condición especular y abismal].

cido en Jujuy, Argentina, en 1937, y coetáneo, un par de años más un par de años menos, de José Balza, Juan Goytisolo, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Eugenio Montejo, entre otros. Ha publicado Raúl Dorra varios libros, algunos de teoría y crítica literaria, de retórica y de semiótica que son sus campos de estudio profesoral. Raúl Dorra, al igual que Alejandro Rossi, el ítalo-venezolano-argentino-mexicano, es un autor mordido precozmente por el gusano de Jorge Luis Borges.

“Literal cultivador de las *bellas letras*, el calígrafo rinde, por su propio ejercicio, un continuo y silencioso homenaje a lo que las letra contienen”. R.D., “LA MIRADA EN EL TRAZO”.³

Ha traducido y ha rondado una y otra vez el territorio de las escrituras como las buenas noticias de los Evangelios, de las fábulas como muestran sus libros entre los que me limitaré a recordar *La canción de Eleonora* y *El profeta sin honra*.

“No faltan quienes piensan que comenzar la biografía de un hombre señalando el lugar y la fecha de su nacimiento es incurrir en un determinismo grosero cuando no su-

³ *Op. cit.*, p. 7.

persticioso pues tanto una circunstancia como la otra más bien dependen del azar”. R.D., EN EL SUR.⁴

Las lecturas aquí reunidas versan sobre 1) Jorge Luis Borges; 2) Italo Calvino; 3) Edgar Allan Poe; 4) Franz Kafka, que conviven en este libro fluido pero complejo, sencillo pero espejeante e inasible que se titula, no sin cierta coquetería, *Lecturas del calígrafo*.

La palabra caligrafía remite al sentido de “escritura hermosa” o escritura bella o de la belleza. Me hace pensar en la arquitectura islámica en que los edificios se adornan con *escrituras*, con caligrafías, dado que está prohibida la representación visual y plástica de la figura humana que es substituida ahí por lo más humano del hombre que es la palabra, el logos; el calígrafo tiene también una estribación que lleva a la evocación de la escritura china y a la evocación del calígrafo como dibujante y artista de la pintura. No sé cómo se dice en árabe o en chino, calígrafo, sé que en español la palabra se asocia con la figura de alguien que copia con *buen*a letra. En la voz “calígrafo” ya está latiendo una pizca de bondad, igual que en la de “amanuense” —palabra que por cierto no recuerdo que Dorra use en el libro— rebota en el oído la esfera del amar. Amoroso y bondadoso, el calígrafo va por definición y por supuesto “despacio”, y al parecer hay en su oficio algo del jardinero.

Lecturas del calígrafo, ¿no será más bien como una guía del usuario para aquellos que quieran saber qué se siente ser escritor, qué se siente ser el autor de “La mirada en el trazo” de Jorge Luis Borges, Italo Calvino, Edgar Allan Poe, Franz Kafka —a cuya

⁴ *Op. cit.*, p. 9.

figura carismática está dedicada casi la mitad del libro? (de la página 71 a la 130).

“Como les consta a quienes leyeron *De la imperfección*,* buscando ejemplos de ‘esos momentos privilegiados’ en que un hombre se siente arrancado de la cotidianeidad por una súbita experiencia estética, Algirdas Julien Greimas —fundador de una próspera escuela semiótica llamada ‘greimasiana’ con justicia evidente— recurre a un pasaje de *Palomar* de Italo Calvino** R.D. LO QUE EL SEÑOR PALOMAR (NO) VE EN LA PLAYA, Y OTRAS CONJETURAS. R.D., UNA ESPECIE DE CORPIÑO MENTAL.⁵

Este querer saber cómo es por dentro el otro, esta voluntad de trasladarse y estar, por así decirlo, dentro de la piel del otro, para volverlo uno, puede ser uno de los movimientos que practica este sigiloso eficiente cuyo nombre colinda en la red con el del pescador Raúl que saca doradas del mar.

El deseo de asumir la identidad del otro se remonta a la edad dorada en que los dioses convivían con los hombres y en cuyos santuarios oficiaban los sacerdotes ávidos, dispuestos a suplantar al Dios y a abrirle en su seno un espacio a su existencia; este deseo de asumir la identidad del otro es un síntoma de la necesidad que tiene el hombre de mantener viva la posibilidad de la Sagrada Metamorfosis. A los mexicanos, que estamos a medio camino de todo y que vamos a medias por el camino de las creencias tanto como de los espejismos, esta posibilidad se nos aparece de muchas formas y casi nos resulta “natural” ver a un mestizo disfrazado de sacerdote indígena con los

* Fondo de Cultura Económica-Universidad Autónoma de Puebla, México, 1990; traducción de Raúl Dorra.

** Para este artículo hemos consultado la edición hecha por Siruela; Madrid, 2001; traducción de Aurora Bernárdez. El episodio sobre el que nos detenemos (“El seno desnudo”) integra el primer capítulo del libro. [N. de R.D.].

⁵ *Op. cit.*, p. 35.

casabeles zumbando en los pies y pidiendo unos centavos, sin advertir o advirtiendo a medias que estamos dando limosna a uno de esos “dioses en el destierro” —como diría Heinrich Heine—, camuflados bajo los harapos de un pordiosero.

“Palomar vivió con desesperanza la sensación de que entre el mundo y él se había abierto una distancia que la mirada ya no podría mitigar, y que acaso tampoco alcanzaría a conocer, por experiencia propia, aquello de lo que le había hablado Mohole”. R.D. DE REGRESO AL LIBRO PARA SU DEBIDO CIERRE. UNA ESPECIE DE CORPIÑO MENTAL.⁶

Algo similar sucede al leer este original y originario libro de mi viejo amigo Raúl Dorra —“viejo”, lo digo por mí y no por él a quien invitaría yo a hacer una caligrafía de las tuyas sobre Dorian Gray, el personaje de Oscar Wilde. Sospechosamente, Raúl Dorra casi no ha envejecido en estas últimas décadas, gracias quizás a la fuente de la eterna juventud que brota de la retórica y la semiología, sus especialidades académicas.

Lecturas del calígrafo no sólo es obra de madurez de un autor que se encuentra en la plenitud de sus facultades intelectuales; es también un signo, un síntoma de que el humor inasible que encierra la obra de Jorge Luis Borges ha logrado encontrar un cauce fuera de él y de ella, para brotar, como una traviesa gota de mercurio, por otras redes, por otros reales, y afirmar así la condición originaria de las letras hispanoamericanas.

“...El vocablo *encaje* alude a un tipo de tejido con numerosas variantes tanto en su ejecución como en su resultado, pero cuya característica común, o invariante, es que dicho *tejido*, más que reunir los hilos de la

⁶ *Op. cit.*, p. 53.

trama, los separa...”. R.D., en *Prácticas del encaje*, en *Encajes discursivos*, p. 193.

Si leer un libro es en cierto modo leer todos los libros, si re-escribir un libro equivale a re-suscitar al autor, si escribir como Miguel de Cervantes es ser como Pierre Menard que escribía como Cervantes, entonces darse a la lectura de las *Lecturas del calígrafo* será abrirse como lector y leyente leído reescrito por Borges al azaroso proceso de *cervantear*, *borgesear*, *calvinear*, *edgarallanpoetizar* y *franzkafkear*, que serían aquí sinónimos de *dorrear*, verbo o voz que a su vez se da como un galvanizar la lectura erizándola de reminiscencias, embebiéndola de savias afines, reduciendo al sujeto actuante y elocuente, al sujeto virtual o para-óptico, dándole siempre una sopa de su propio chocolate, un caldo de su suero al agente intersticial que encarna aquí el leyente. El humor de Borges estalla e invade todos los rincones y confines de esta breve obra vertiginosa donde la experiencia y el recuerdo de la experiencia se confunden en una sola y única bioquímica de la “lectura”, la de las *Lecturas del calígrafo* que está ávido de re-escritura y acaso de traducción, de re-traducción, de copia, apropiación caníbal y auto-traslado. Paseando por estas páginas pensé que algún día habría que aplicar el método de Raúl Dorra a la persona y a la obra del hispano judío Rafael Cansinos Asséns, el maestro y amigo de Borges, el traductor incomparable de las *Mil y una noches*, pues que las puso en la única lengua europea, el español, donde conviven el Islam, la cristiandad, la judería y sus híbridas secuelas.

Habría que advertir a la editorial y a los herederos de los autores comentados que este libro expansivo corre el peligro inminente de ser plagiado —si no lo fue ya, si no lo está siendo en el momento mismo de la lectura.

“El 19 de octubre de 1919, a primera hora de la mañana, Gregorio Samsa hizo algo que no hacía desde muchos meses atrás, acaso desde más de un año: se demoró unos mo-

mentos ante el espejo para observar su rostro”. R.D., DESCRIPCIÓN DE UNA LUCHA. NOTICIAS SOBRE LA MUERTE DE GREGORIO SAMSA.⁷

Hace años conocí al autor. Su nombre se asocia en mi mente a la palabra y a la disciplina “semiótica” y al apellido de Algirdas Julien Greimas (1917-1992), el lingüista de origen lituano fundador de la semiótica, residente en París hasta su muerte.

Debo decir que, a pesar de parecerme el rostro de Raúl Dorra como el del “Caballero Desconocido” de El Greco, sé muy poco de él. Creo que he sido afortunado, pues me ha tocado hacer la lectura de esta serie de textos inclasificables que se presentan, precisamente, con el título, entre sencillo y vertiginoso de “lecturas”.

¿Qué es esta mente cuya radiografía nos haría pensar en una máquina de escribir? ¿Qué son las “lecturas del calígrafo”? ¿Qué es esto que se edita aquí con ese título? ¿Son ensayos, cuentos, fábulas, re-escrituras, parodias, invitaciones, homenajes, ejercicios de estilo, alusiones orgánicas, translaciones, versiones, adaptaciones, inquisiciones, co-

mentarios, rituales sintácticos, ceremonias gramaticales, oficios litúrgicos de la palabra secularizada? *Lecturas del calígrafo* ¿se trataría entonces de las materias primas de las cuales procede a tomar sus modelos, a copiar, a parodiar y plagiar ése que va más allá del copista para acceder a la condición artística del “calígrafo”? ¿o sería más bien el bagaje teórico y conceptual, las recetas, el “marco teórico” que aplica, injerta y encarna? ¿O ambas cosas al mismo tiempo? ¿Estamos ante un libro de teoría practicada? ¿O ante una obra de radical praxis teórica? ¿Desde dónde se escribe esta escritura que disimula el ensayo como fábula?

“—Yo nada tengo que ver con Milena, esa coqueta. Ella no descansará hasta seducirlo. ¡Cuídese!” R.D., LA METAMORFOSIS. NOTICIAS SOBRE LA MUERTE DE GREGORIO SAMSA.⁸

La copia bien hecha puede pasar por ser el original y llevar la simulación hasta el

límite del fraude: las copias de Raúl Dorra están más que bien hechas, y dan testimonio o son signo de un dominio extremo de la materia “leída y caligrafiada”: el juego recreativo de la escritura como re-escritura se da como una fiesta arriesgada donde la amenaza mayor es la caída en la trivialización, el abuso del procedimiento...

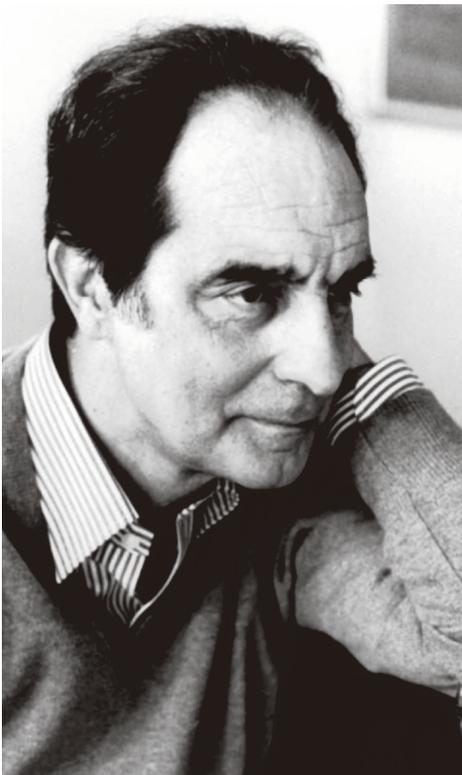
En ese juego arriesgado se puede decir que el autor ya tenía y tiene práctica pues en su libro anterior *El profeta sin honra* se re-escriben ni más ni menos los Evangelios y lo que se recrea o salva es ni más ni menos el Salvador. De las lecturas aquí presentadas, la que más me convenció fue la de Jorge Luis Borges, la menos dedicada a Poe, y la que me pareció más traidora y delatora del procedimiento de Dorra es la más extensa, la dedicada a Franz Kafka.

Pero quizá lo interesante, lo incómodo del libro sea el procedimiento de la mimesis o simulación o disimulación narrativa, el camuflaje del ensayo en la fábula, de un logos perteneciente a una familia en otro logos perteneciente a otra familia por virtud de la cual el calígrafo de las lecturas se hace pasar por el escritor de las escrituras, y crea la ilusión —el espejismo— de estar *ahí*, de escribir *desde* ese lugar insoportable que es el del autor. Por fuerza,

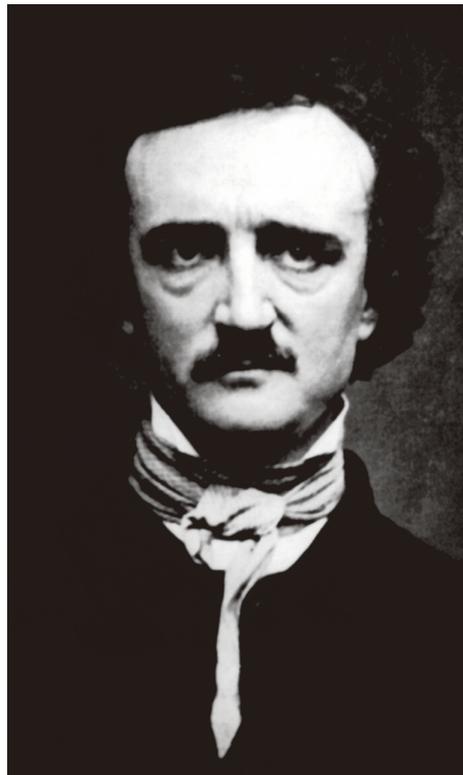
⁷ *Op. cit.*, p. 171.

⁸ *Op. cit.*, p. 98.

© Jerry Bauer / Scull



Italo Calvino



Edgar Allan Poe



Franz Kafka

el copista elige sólo optar por un aspecto, entre los muchos que le ofrece su modelo: así, por ejemplo, el Borges de Dorra es más bien el de Pierre Menard y el de la vulgata biográfica y no tanto el de las *Crónicas* de Bustos Domecq o de Gervasio Montenegro o aun el de la *Historia universal de la infamia* donde, por cierto, Borges se da el gusto de saquear divertidamente al divertido Mark Twain.

“Al día siguiente, el 4 de junio de 1924, alguien metió los restos de aquella bestia híbrida en un cubo de basuras y lo dejó en el patio trasero para que vinieran a llevárselos. La operación no ofreció casi dificultad porque el cuerpo, contraído y reseco, ni medía ni pesaba mayor cosa”. R.D., LA METAMORFOSIS. NOTICIAS SOBRE LA MUERTE DE GREGORIO SAMSA.⁹

⁹ *Op. cit.*, p. 130.

Y aquí aparece por lo pronto un dato: las lecturas del calígrafo son utópicas, parecen estar fuera —y lo están— de la historia y como que se desarrollan más allá de las contaminaciones de la contingencia, en un espacio atemporal, *el espacio literario* que diría Maurice Blanchot. El calígrafo se abisma en el texto, se “ensimisma” en el otro textual, se entrega a un extravío calculado de su propia auto-conciencia, se empapa a tal punto del texto que se olvida —o al menos eso pretende ante el lector— de sí mismo...

Esa ausencia del sujeto elocuente, del “yo” del calígrafo es uno de los datos enigmáticos de este libro, y quizá será una de las empresas futuras del autor que saldrá de su taller de escultor cubierto de yeso y cal a dejar sus huellas —una de cal y otra de arena— de calígrafo impresas como graffitti por las calles de la literatura.

Al igual que el traductor, el calígrafo sigue un texto que es a la vez “materia” y método —letra y papel pautado—; su escritura es música congelada, y podría decirse que

el libro compone con sus movimientos una sinfonía.

El texto propiamente dicho se confunde en su fragua con la historia del autor del texto, y así la elaboración sobre la escritura de Borges o de Kafka se confunde o se empalma, coincide y/o se vacía o se llena sobre la presencia de la figura histórica del autor cuyos atributos personales se le transforman al calígrafo en una sola trama, pues todo lo que toca el calígrafo es lectura. (Me imagino que sólo puede leer el periódico como aquel personaje de Leo Perutz que leía durante años el mismo periódico, en las mismas hojas y página).

Su oficio es paródico y para-textual. Su juego está en esa tensión entre textualidad y paratextualidad, entre parodia y oda, entre ir y venir, entre Juy y Juy, de ahí que se desprenda del rostro del calígrafo la sonrisa irónica del que pregunta conociendo la respuesta. Y esa ironía, ese humor es quizás el alivio del calígrafo que es capaz de hacer pasar por genuinamente ajeno lo auténticamente apropiado. Ese humor es también nuestro alivio. ▮

